

Segundo Premio Concurso Literario "Julio Cortázar".

EN ESTA EDICIÓN DE LA REVISTA CTPBA CONTINUAMOS CON LA PUBLICACIÓN DE LAS OBRAS PREMIADAS EN EL CONCURSO LITERARIO "JULIO CORTÁZAR", ORGANIZADO POR EL COLEGIO DURANTE EL AÑO 1999 QUE INICIÁRAMOS EN EL NÚMERO ANTERIOR. EN ESTA ENTREGA SE TRATA DEL CUENTO "DUELO" DE LA T.P. LIDIA RISOTTO, QUE MERECIÓ EL SEGUNDO PREMIO, EL QUE REPRODUCIMOS A CONTINUACIÓN.

DUELO



Victorina estaba doblando la cinta violeta con letras doradas. Un gesto apreciable de los vecinos, no tenían obligación después de todo, en estos tiempos de estrechez. Que lo iban a extrañar, dijeron, toda una autoridad don Rafael aún después de haberse retirado; siempre un conocido a quien recomendar ante cualquier problema y nunca un interés personal. Muy cumplidos los vecinos. Tampoco había sido una corona importante, como las de antes, con gladiolos blancos y rosados y en el centro el detalle de las calas sino una palma de dimensiones modestas pero sobria y elegante con sus claveles pálidos.

Sabía que Ercilia no le sacaba

los ojos de encima. Estiró de nuevo la cinta para volver a doblarla en pliegues más sueltos, cuidando que las letras no se ajaran. Si lograba reunir la plata iba a hacer enmarcar un retrato de Rafael con un trozo de la cinta en una esquina. Podía vaciar el aparador y poner allí el retrato rodeado por los objetos que ellas ya atesoraban: las medallas de tiro, el diploma por servicios a la comunidad, la gorra, el estuche de la pistola.

- Tenemos que vaciar la pieza
- dijo Ercilia.

Tardó en contestar, siempre con la excusa de los pliegues prolijos.

- La semana que viene.

- No. No podemos esperar tanto.

Quizás hasta nos convenga

mudarnos, para qué queremos una casa tan grande.

- Como te parezca.

- Mañana entonces. Ahora prepará el mate mientras yo voy a comprar un poco de fiambre y queso.

Cuando Ercilia había salido para el almacén, Victorina buscó la botella de ginebra y un trago largo. Puso a calentar el agua. Los claveles que sacó de la palma ya estaban marchitos. Las flores baratas duran poco.

A las ocho y media de la mañana del miércoles Ercilia recordó el vencimiento de la cuenta de luz y fue al banco. Victorina buscó la llave de la pieza de Rafael en el cajón del ropero donde guardaban las cosas importantes; no estaba. Al regresar pasadas las doce, Ercilia dijo que quería dormir una siesta, la cola en el banco era agotadora. Victorina lavó los platos y puso las sobras del estofado en un recipiente de plástico con tapa hermética, de esos modernos de colores brillantes. Por las dudas no ajustó la tapa; no fuera cosa de que se formaran hongos en la comida y hubiera que tirarla. Se entretuvo cepillando el sobretodo de Rafael y volvió a colgarlo

en el perchero del vestíbulo. Mientras ella dormitaba frente al televisor varias personas a quienes no conocía almorzaban rositas rococó.

Ercilia se levantó como a las cuatro con un dolor de cabeza feroz y un malhumor aún peor. Le dijo que se quedara en la cama, que total no tenían gran cosa que hacer, ella podía sacar la ropa seca de la sogá y plancharla, pero Ercilia se emperró en seguir levantada lamentando que se hubiera hecho tarde para subir a la pieza de Rafael y prometiéndose que a la mañana siguiente sin falta, antes de que llegaran de Mendoza los sobrinos buitres y quisieran llevarse todo. Victorina la dejó hablar y fue a la cocina. Vio que el azulejo cuarteado empezaba a rajarse en una punta. Oyó a Ercilia abriendo y cerrando las puertas del ropero, ordenando papeles que ya estaban ordenados, seguramente poniendo la llave en su lugar. En la botella había bastante ginebra; volvió a esconderla entre sifones viejos.

- Hoy tampoco vamos a poder subir a la piecita de arriba - dijo Victorina. - Está lloviendo. Fuerte.

- Yo voy igual. No quiero esperar más.

Sabés las horas que nos va a llevar sacar los trastos y la basura de ahí adentro?

Ercilia se puso unos zapatos gastados y el piloto viejo de Rafael. Fue a la cocina y revolvió el escobero hasta encontrar las bolsas; algunas eran de la tienda Blanco y Negro donde compraban todo, hasta la ropa interior.

- Venís?

- Enseguida. Andá subiendo.- Victorina miró al rincón de los sifones pero era demasiado temprano. Se puso el saco de lana, el de los bolsillos grandes.

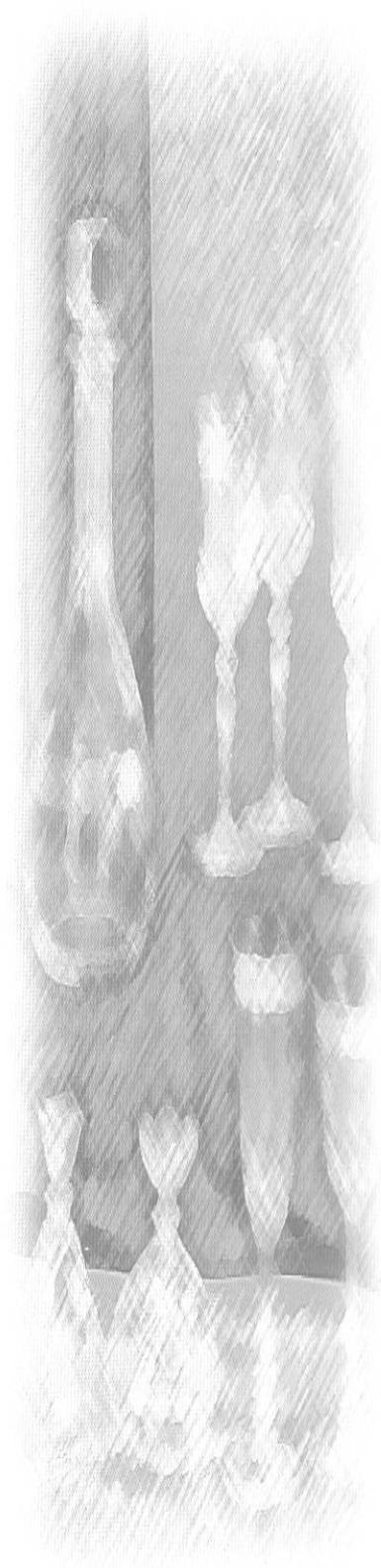
La pieza estaba en la terraza. A Rafael le gustaba tener su quinta propia organizada en cajones de fruta. El verano pasado había cosechado varios quilos de tomates, una variedad enana que no ocupaba mucho lugar. La puerta de la pieza ya estaba abierta. Había olor a encierro y Ercilia quiso abrir la ventana.

- Esperá. Todavía no, llueve mucho.

Encendieron la luz; la lamparita estaba quemada. Proba-

ron con el velador. El aire se llenó de rincones y de sombras filtradas por la pantalla de pergamino. Victorina hizo lugar en una silla; de pronto, sin aviso, estaba muy cansada. Veía a Ercilia moverse de un lado a otro, diciendo esto es un asco, yo no sé este hombre cómo podía vivir entre tanto desorden, sin ventilación, mirá este armario lleno de polillas, si la gente supiera y deshacía la cama y tiraba las sábanas al suelo.

Los ojos de Victorina se habían acostumbrado. Comenzó a ver detalles. La caja de sombreros en el piso entre la mesa de luz y la cómoda, la Singer cubierta con una carpeta manchada, debajo de la cama el orinal de loza, el rifle colgado de un clavo en la pared. Ercilia ya tenía dos bolsas llenas, dijo que bajaba y volvía con las bolsas vacías, lo primero es sacar la ropa sucia. Victorina trabó la puerta; fue directamente a la caja de sombreros y la abrió. Unas fotos viejas, previsibles, de ellos tres y Benedicto antes de que se fuera a Mendoza con esa chinita; otra ar-



tística de él con la madre tomada en el estudio Studio, algunas ya con el uniforme y las jinetas en un parque y el rostro serio. Más abajo la escritura de la casa doblada en cuatro, un par de esposas, abiertas, sin la llave.

Se dirigió al ropero. El espejo estaba casi perfecto. En el estante de la puerta de la izquierda, varias botellas: una de coñac, una de caña, otra más de coñac sin empezar. Revolvió la ropa, Ercilia tenía razón con lo de las polillas. Abrió la otra puerta, más estantes, cajones. Una especie de fiebre le subía desde el estómago, la frente cubierta de sudor. No quiso hacer ruido para que Ercilia no sospechara. Con cuidado fue retirando uno a uno los cajones y volvió a ponerlos en su lugar. Nada. Nada de lo que buscaba.

Quedaban el colchón y la cómoda. Miró debajo del colchón. Después de los cajones de la cómoda, uno por uno. Vio el paquete todavía con el papel de la tienda disimulado entre las camisas. Ercilia debía estar por volver. Lo abrió y ahí estaban. El corpiño, los algodones para rellenarlo, las uñas postizas, el perfume de maderas de oriente, un lápiz de cejas. El

corpiño era beige, casi rosado, de encaje y olía vagamente a sándalo. Aquel día en la tienda le dijeron que podía cambiarlo si resultaba grande pero no fue necesario. Guardó todo en los bolsillos del saco de lana. Fue al ropero y después soltó la traba de la puerta.

Ercilia volvió con bolsas vacías y dijo que quería dar vuelta el colchón, que no necesitaba ayuda y que Victorina podía bajar a calentar el agua para el mate. Victorina tuvo un poco de frío; dijo que sí, que ya iba. Le pareció que la mirada de Ercilia le llegaba hasta algún fondo; la vio doblar el colchón de dos. Victorina caminó hacia la puerta. Pudo alcanzar a oír el ruido de los cajones de la cómoda deslizando por las guías.

- Esperá.

La voz de Ercilia le sonó muy baja, casi confidencial, no era necesario mirarla para comprender. Puso todo sobre la cama y se sentó. Ercilia seguía parada frente al cajón de las camisas abierto, con la cabeza inclinada hacia un costado.

- Siempre quise saber quién le compraba lo perfumes -casi preguntó Victorina, pero ya sabía la respuesta.

